

## Montaña Cairn Toul, Highlands de Escocia

Julio de 1603



Deirdre estaba de pie en la balconada que daba a la caverna que hacía de su salón principal. No había ninguna majestuosa ventana que dejara entrar la luz del sol, pues se encontraba en las entrañas de la montaña.

En lugar de ventanas había muchos candelabros grandes y ovalados que colgaban del alto techo abovedado y ofrecían su luz a la sala. En aquel profundo espacio, el brillo de los candelabros no podía alcanzar todos los rincones. Y así es como le gustaba a ella.

Los wyrran, con su piel de un amarillo pálido, se mezclaban con los guerreros de todos los colores imaginables. Parecían un arcoíris a sus pies, pero solo ella sabía el magnífico poder destructor que poseían aquellos guerreros. Eran hombres con dioses primitivos en su interior, cada uno con un poder distinto que lo diferenciaba de los otros. Y todos ellos estaban bajo sus órdenes. Los guerreros la miraban, con toda su atención fija en ella mientras esperaban a escuchar el motivo por el que los había convocado.

*Escúchame... Siénteme... Tócame...*

Incapaz de ignorar la llamada de la montaña, Deirdre cerró los ojos y se dejó llevar por la canción que le contaban las piedras. Se olvidó de los guerreros y de por qué los había citado en su salón principal y posó una mano sobre las rocas que había a su lado. Sucumbió al dulce olvido que le proporcionaron las rocas y que siempre le habían proporcionado. Y que siempre le proporcionarían.

Había sido así desde que tenía diez años. Se había despertado y había oído la llamada de la montaña que le decía que se acercara a ella. Ella había salido de la cabaña y se había quedado observando la montaña lejana, plenamente consciente de que un día haría el viaje hasta su alta cima.

Aquello había ocurrido hacía siglos, pero todavía podía oler el pan que su madre había horneado, todavía podía sentir el azote que le propinaba

su padre en el trasero si no decía bien los conjuros. Y todavía podía ver los ojos de su hermana observándola. Siempre observándola.

Incluso a una edad tan temprana, Deirdre ya acaparaba más poder que cualquiera de los drough de su pequeña comunidad. Ella supo esconderlo bien, pues cualquier drough que tuviera un poder demasiado grande era inmediatamente sacrificado. Como los drough estaban de lado del diablo y poseían magia negra, su poder podía llegar a ser inmenso y mortal.

Deirdre tenía planes. Así que esperó y aprendió.

Los druidas se habían dividido en dos grupos poco tiempo antes de que se juntaran para aclamar a los dioses y sacarlos de sus prisiones en el Infierno, pero mientras tanto, los drough no se habían mezclado con los confiados mie. Los mie, con sus charlas sobre la bondad y la magia pura, ponían enferma a Deirdre.

Había unas cuantas comunidades de drough que se habían unido. La de Deirdre había sido una de las últimas. Su pequeño grupo estaba compuesto básicamente por la familia más cercana y los parientes lejanos, pero la lucha por el poder era continua.

En su dieciocho cumpleaños, Deirdre ofreció su sangre en el ritual que la convertiría en drough. Cuando la sangre brotó de los cortes en sus muñecas, un espantoso dolor le atravesó el cuerpo. En aquel preciso instante vio su futuro a la vez que la magia negra y el mal invadían su alma y la reclamaban como suya.

Al día siguiente empezó a buscar los pergaminos que sabía que su tía mantenía ocultos. Algunas noches, había oído a los mayores hablar de los pergaminos entre susurros, como si el simple hecho de nombrarlos pudiera hacer que los mie descendieran sobre ellos con todos sus poderes.

Una vez hubo encontrado los pergaminos que les habían sido robados a los mie, supo por qué los mayores susurraban por si alguien los escuchaba y por qué escrutaban ávidamente con la mirada en la oscuridad. En los trozos de pergamino enrollados había conjuros que se suponía que habían desaparecido. Deirdre sonrió mientras se escondía uno de aquellos pergaminos en la manga del vestido y se disponía a salir de allí.

—¿Cómo te atreves? —gritó su tía desde el umbral de la puerta cuando la descubrió.

Deirdre sonrió para esconder su sorpresa. Había esperado que la cogieran, pero no que fuera su tía. Pero cualquiera le serviría para sus propósitos.

—Yo me atrevo a muchas cosas, tía.

—Las pagarás por fisionar donde nadie te ha llamado, pequeña víbora —le dijo su tía mientras la saliva se le acumulaba en la comisura de sus finos labios—. Siempre te ha gustado husmear en lo que no es de tu incumbencia.

—¿Y qué opinas al respecto?

Su tía levantó una mano para lanzarle una ráfaga de magia. Deirdre le retorció la muñeca y lanzó a su tía contra la puerta de la cabaña. Su tía tenía los ojos abiertos de la sorpresa al darse cuenta del poder que realmente acumulaba Deirdre.

Sin dudarle ni un instante, Deirdre sacó la daga que llevaba en la cintura y la clavó en el corazón de su tía.

Era la primera vez que mataba a alguien, pero no sería la última.

Deirdre salió de la cabaña y se giró para observar su montaña. Entonces fue cuando sintió los ojos de su hermana sobre ella una vez más. Se volvió hacia su hermana gemela, Laria. Ambas tenían el mismo pelo rubio y los ojos azules como el cielo, iguales a los de su madre, pero ahí es donde terminaban las similitudes entre ambas.

Como su hermana gemela que era, Laria sabía con frecuencia cuándo Deirdre había hecho alguna maldad. Deirdre no esperaba que su hermana se convirtiera en su aliada, de hecho, era plenamente consciente de que tendría que matarla.

—¿Qué has hecho? —le preguntó Laria con calma, pero con aquellos ojos tan astutos que lo veían todo.

Deirdre contempló aquellos profundos ojos azules idénticos a los suyos. Trató de sentir lástima por su hermana, pero como siempre, no logró sentir nada. Aun así, Laria era su hermana gemela.

—Esto es el principio de algo maravilloso, hermana. ¿Quieres unirte a mí?

—Sabes que no.

—Una lástima —dijo Deirdre mientras levantaba su daga.

Laria se quedó mirando el arma como si se tratara de una flor en lugar de tratarse de un arma de la que todavía goteaba sangre.

—¿Vas a matarnos a todos?

Deirdre empezó a reír mientras un pensamiento se arraigaba en su mente. Soltó un grito que hizo que todos se acercaran a ver qué sucedía. Mientras su hermana la observaba, representó el espectáculo de su vida.

—Nuestra tía ha adquirido más poder —gritó mientras lloraba unas lágrimas fingidas y andaba a trompicones—. Ha intentado matarme. Ha dicho que ella y nuestro tío gobernarán sobre todos nosotros.

Tal y como Deirdre había esperado, el caos se apoderó del lugar. Ella se quedó observando cómo todos se miraban entre sí y se lanzaban acusaciones. La matanza comenzó. Deirdre se echó atrás, pero sin poder apartar los ojos de tanta sangre y tanta muerte. La visión que tenía delante era horripilante y a la vez impresionaba y alimentaba todo el mal que llevaba en su interior.

*Ven a mí.*

La montaña. La llamaba incansablemente y ella ya no podría seguir ignorándola por mucho tiempo. Deirdre le dio la espalda a su tribu y se quedó con la vista fija en la montaña que era suya. Había llegado el momento de abrazar su destino.

—Pagarás por lo que has hecho, Deirdre.

Se volvió para mirar por encima del hombro a su hermana gemela. A Laria le brotaba sangre del brazo herido y tenía el labio partido.

—¿Acaso crees que puedes detenerme? Ambas sabemos que yo fui la que recibió toda la magia. Alégrate de que no te corte el cuello, querida hermana.

Deirdre se había dado la vuelta y se había dirigido hacia la montaña. Allí, entre las frías piedras, había encontrado los primeros momentos de felicidad de su vida. No importaba nada más que la montaña y las piedras que la llamaban.

Y pronto aprendió que tenía poder sobre ellas. Podía hacer que las piedras se movieran a su antojo. Así fue como creó su palacio dentro de la montaña. El único hogar verdadero que había conocido.

Unas afiladas uñas le acariciaron el pelo y la hicieron volver al presente. Deirdre abrió los ojos y bajó la mirada. Allí encontró a un wyrran observándola con aquellos enormes ojos amarillos mientras rozaba con reverencia su cabellera.

¿Cuánto tiempo había transcurrido absorta en el pasado? ¿Cuánto tiempo habían estado tirando de ella las piedras esta vez?

Deirdre le acarició la cabeza con dulzura al wyrran. Los wyrran eran su propia creación. Había utilizado la magia negra para crear unas criaturas que solo la sirvieran a ella. Eran sus mascotas, aunque había escuchado que algunos de los guerreros se referían a ellos como sus «hijos».

Observó a William. Él siempre tenía la mirada puesta sobre ella, el deseo que había en sus ojos era difícil de pasar por alto. El guerrero de piel azul marino había estado compartiendo la cama con ella durante un tiempo. Hasta que habían capturado a Quinn MacLeod.

*Quinn, por fin te tengo para mí sola.*

Una vez Quinn se hubiera recuperado de las heridas sufridas durante su captura, Deirdre esperaba que él le mostrara agradecimiento. Ella debería haber sabido que era un insolente, pero esa era una de las razones por las que lo quería para sí con tanta desesperación.

Los MacLeod habían sido los primeros guerreros que ella había creado. Después de siglos en que los dioses habían permanecido dormidos, ella los había liberado en Fallon, Lucan y Quinn. Desafortunadamente, los hermanos MacLeod habían escapado antes de que ella pudiera realizar sus planes. Un error que nunca más volvería a cometer.

Durante trescientos años había intentado volver a tener a los tres hermanos bajo su control. Para empezar había capturado a Quinn y, por el momento, aquello era suficiente.

Lamentaba la terrible decisión que había tomado de lanzarlo al Foso, pero él tenía que aprender que ella tenía el control. Ella era su señora y él acabaría obedeciéndola en todos sus deseos.

En las últimas semanas se había obligado a estar alejada de él. Lo quería en su cama desesperadamente para que le diera el hijo que había sido predicho que crecería hasta convertirse en la pura encarnación del mal, un mal como nunca antes se había visto.

Para poseer a Quinn tenía que hacer que se desmoronara. Él mantenía la esperanza de que sus hermanos lo rescatarían, pero antes de que lo hicieran, Deirdre debía forzar al dios que Quinn llevaba en su interior a apoderarse completamente de él. Solo entonces podría ser suyo.

Y una vez suyo, sus hermanos caerían pronto.

Deirdre pensó en Fallon y Lucan MacLeod y en las mujeres que habían hecho suyas. Lucan había encontrado a una druida, una druida con sangre de drough en sus venas gracias a sus padres. La druida le hubiera dado un gran poder a Deirdre, pero los hermanos habían luchado y habían ganado aquella escaramuza.

¿Quién se hubiera imaginado jamás que podría haber una mujer guerrero? Y, sin embargo, eso era exactamente Larena Monroe. Y Fallon la había convertido en su esposa.

Deirdre pasó las manos por las piedras. Cuando los hermanos cayeran, sus mujeres caerían también. Todo lo que Deirdre deseaba se haría realidad poco a poco. Solo necesitaba tener un poco de paciencia. La paciencia no era una virtud que Deirdre hubiera practicado antes, pero para llevar a cabo sus planes haría lo que fuera necesario.

Se oyó el roce de unos zapatos y un bufido de ira de una mujer a sus espaldas. Deirdre se giró y se quedó mirando a la druida menuda y con el cabello oscuro que dos guerreros sujetaban. La druida había hecho que sus hombres se enzarzaran en una salvaje persecución por toda Escocia, pero finalmente habían conseguido apresarla.

Deirdre se quedó estudiándose las uñas durante un largo instante antes de decir:

—Es bueno que lo tengas tan profundamente enterrado en tu mente, Marcail.

Con «lo» se refería al conjuro para dormir a los dioses de los guerreros. Después de todo por lo que había pasado Deirdre, después de todo lo que había hecho, de ningún modo estaba dispuesta a permitir que una pequeña druida lo arruinara todo.

Se suponía que el conjuro quedó destruido cuando los dioses recibieron la llamada de poseer a los guerreros originales que lucharon contra Roma por el control de Britania. Pero, al igual que el hechizo para liberar a los dioses, el conjuro había permanecido oculto. Hasta ahora.

Había sido pura casualidad que Deirdre consiguiera la información sobre Marcail y la historia de su familia.

—¡Cómo desearía que no lo estuviera! —exclamó la druida con la voz llena de repugnancia—. Enterraría a los dioses en un instante si pudiera.

Deirdre rió abiertamente y observó a Marcail con nuevos ojos. Le gustaba aquella muestra de coraje. La mayoría de los druidas solo sentían pavor o suplicaban que se apiadara de ellos. Pero esta mie en particular era diferente. No, Marcail había luchado desde el momento en que la capturaron.

Puede que tuviera algo que ver con su familia. No en vano, Marcail descendía de uno de los linajes de druidas más poderosos que había sobrevivido durante siglos. Incluso aunque Deirdre no conociera a la familia de Marcail, el hecho de que la druida llevara las trenzas de los tenedores, era suficiente para Deirdre.

—Sí, pero si el conjuro no estuviera oculto, mataría a cualquiera que hubiera hablado contigo. En lugar de matarte solo a ti. Aunque, lo haré de todos modos solo para asegurarme de que nadie sabe el conjuro. No puedo permitir que destruyas mi elaborado plan, ¿no te parece?

Los ojos azul turquesa de Marcail se clavaron en Deirdre llenos de odio. Se sacudió llena de ira haciendo que las cintas doradas que le sujetaban las finas trenzas de su cabeza chocaran entre sí.

—Pagarás por tus pecados, Deirdre.

Deirdre miró fijamente a la druida. Marcail tenía una belleza clásica con aquel rostro ovalado y los pómulos marcados. Por el modo en que los guerreros la miraban, era evidente que sus curvas llamaban la atención de los hombres.

Pero era la magia que había en el interior de Marcail lo que realmente la hacía resplandecer. Aquella era una de las razones por las que Deirdre odiaba tanto a los mie. Toda aquella bondad la ponía enferma.

—Oh, pobrecita mie, tú y tus ideas de que un día llegará el juicio para todos. De lo que no te das cuenta es de que yo pronto seré una diosa. No hay nadie que pueda vencerme y, una vez domine el mundo, nadie se atreverá a ir en mi contra.

En lugar de echarse a temblar, Marcail soltó una sonora carcajada.

—Tú y tus falsas ilusiones. Puede que yo no esté aquí para ver tu caída, drough, pero llegará el día en que serás destruida.

Por un momento, Deirdre sintió auténtico miedo. Los druidas poseían una magia muy poderosa y algunos incluso podían ver el futuro con gran

precisión. Dejó a un lado la aprensión que se había apoderado de ella y arqueó una ceja. Deirdre no había conseguido todo aquel poder cediendo ante las amenazas y el pánico.

—¿Eso crees, mie? ¿Y quién será el salvador del que hablas?

—Los MacLeod, evidentemente.

—¿Los MacLeod? —repitió Deirdre—. ¿Estás segura de ello, pequeña Marvail?

Marvail asintió con la cabeza de ondulados mechones con hileras y más hileras de pequeñas trenzas que le caían por el rostro y los hombros y se mezclaban con los mechones de cabello suelto.

—Se está extendiendo como el fuego por las Highlands. Solo es cuestión de tiempo.

Deirdre observó a los guerreros que retenían a Marvail y sonrió. Los guerreros empezaron a reír con sus corpulentos y musculosos cuerpos sacudiéndose visiblemente.

Deirdre se giró hacia la multitud que había bajo el balcón y levantó la mano para llamar su atención.

—Mi prisionera dice que sus salvadores son los MacLeod.

La risa estalló e inundó aquella gran caverna. Ella esperó a que se calmase el alboroto antes de volverse hacia la druida, la cual albergaba el poder suficiente como para arruinarlo todo.

—¿Acaso no crees que los MacLeod reúnen poder de sobra como para acabar contigo? —preguntó Marvail con aquellos inquietantes ojos, entrecerrados y fijos, sobre Deirdre.

Esta se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea. ¿Por qué no le preguntas tú misma a uno de ellos?

Marvail abrió mucho los ojos mientras los guerreros la arrastraban por las escaleras que llevaban al Foso. Deirdre sonrió y se frotó las manos. Le encantaba asustar a la gente. Aunque con Marvail había sido muy fácil.

Deirdre posó las manos sobre las rocas que hacían de baranda de su balcón y observó a las criaturas reunidas abajo.

—Contempladla —dijo mientras sacaba un brazo en dirección a Marvail y los guerreros que la conducían al Foso.

Los wyrran y el resto de los guerreros se hicieron a un lado para dejarlos pasar. Marvail seguía resistiéndose, incluso dándoles patadas a los guerreros cuando podía. Evidentemente era una luchadora. Si por un momento Deirdre hubiera pensado que podía hacer que Marvail se pusiera de su parte, lo hubiera hecho.

Pero lo que Marvail tenía oculto en el rincón más oscuro de su mente podía acabar con todo lo que Deirdre había logrado hasta el momento,

y mucho más. Deirdre ni siquiera podía permitirse el placer de matar a Marvail ella misma, aunque lo deseara.

Marvail provenía de un poderoso linaje de druidas, y Marvail y su sangre estaban protegidos con toda una serie de hechizos y maldiciones. Cualquiera que intentara matarla se encontraría con una desagradable sorpresa.

—Hemos capturado a otra druida —siguió diciendo Deirdre—. Una mie que ha osado desafiarme.

Los guerreros reunidos en la caverna empezaron a hacer ruido con los pies, golpeando contra las piedras como si de tambores se trataran. Marvail levantó la mirada hacia Deirdre cuando los dos guerreros se detuvieron en el centro de la caverna.

Había un resquicio de temor en los ojos de Marvail, pero no el pavor habitual al que Deirdre estaba acostumbrada. Marvail podía ser un problema y por eso iba a lanzarla al Foso. Pocos guerreros sobrevivían en las sombras. No había ninguna posibilidad de que una simple mie pudiera resistir más de un día. Que los guerreros violasen a Marvail o la matasen carecía de interés, lo único que lo tenía es que la druida iba a morir. Obviamente, los guerreros también morirían por haber atacado a Marvail, pero eso a Deirdre no le importaba. Quería centrarse en otras cosas, como en Quinn.

Con un movimiento de cabeza, Deirdre hizo que se abriera la puerta del Foso. Marvail gritó cuando el suelo se deslizó y desapareció bajo sus pies. Los pies de la druida resbalaron. Se agarró a las piedras, intentando evitar la caída hacia la profunda oscuridad que se extendía bajo sus pies.

A Deirdre no le preocupaba que Marvail pudiera escapar. A sus guerreros les complacía asistir a un buen espectáculo y ella no iba a negárselo.

Quería ver lo que Quinn y los otros le harían a la druida, pero sabía que debía esperar para ver a Quinn, para que el encuentro resultase todavía mejor.

Ya no faltaba mucho, pues estaba sucumbiendo a lo que mejor sabía hacer el Foso: acabar con toda esperanza. Solo un par de semanas más y él sería suyo.

Isla, bien escondida entre las sombras que había sobre Deirdre, observaba con atención lo que sucedía abajo. Como una de las pocas druidas que no habían sido asesinadas, Isla estaba interesada en saber qué había detenido a Deirdre esta vez para no acabar con la nueva druida, Marvail.

A Isla no le había costado mucho descubrir que Marvail tenía enterrado en su mente el conjuro que dormiría a los dioses de los guerreros.

Eso era lo que había provocado que Deirdre llamara a Dunmore, su cazador particular, para que saliera en busca de Marvail. Dunmore había tardado más de lo que Deirdre había esperado en traer a Marvail a la montaña.



Isla había observado que, druida tras druida, todos morían bajo el poder de la magia de Deirdre. Esta disfrutaba derramando su sangre, pues esa sangre le otorgaba más poder del que ya tenía, y prefería hacerlo en la habitación especial, donde podía asegurarse de que la magia no se escaparía. Isla había sentido el poder de la magia de Marcail en el justo instante en que la druida había pisado la montaña, entonces, ¿por qué Deirdre los había reunido a todos en la caverna?

Cuando Isla todavía no había podido procesar la pregunta que acababa de formularse, los guerreros empezaron a arrastrar a Marcail a la entrada del Foso. Isla clavó los dedos en las rocas, provocando que las uñas se le doblaran. No sintió la sangre que brotaba de la sensible piel de debajo de sus uñas mientras observaba la caída de Marcail en el Foso.

Miró hacia abajo, y aguardó a que los guerreros cogieran a Marcail y la despedazaran, como solían hacer con cualquier cosa que tuviera la mala suerte de acabar en la oscuridad. Isla se fijó en el lugar donde, hacía un instante, había estado Deirdre y descubrió que había desaparecido.

Cuando retornó su atención al Foso, advirtió que un guerrero con la piel negra saltaba sobre Marcail. Isla nunca se hubiera imaginado que Quinn MacLeod cedería ante su dios con tanta facilidad. Después de todo lo que había escuchado de los hermanos MacLeod, estaba decepcionada.

Empezaba a darse la vuelta cuando vio a Quinn apartar algo del alcance de los demás, algo que se parecía mucho al cuerpo de una mujer.

Una pequeña sonrisa apareció en la cara de Isla.



Un grito se alojó en la garganta de Marcail cuando el suelo empezó a deslizarse bajo sus pies. Estaba cayendo al Foso.

*Sé fuerte. Céntrate. ¡Piensa!*

Su cuerpo se golpeó contra una roca fuertemente y ella luchó por asirse a las piedras y poder trepar. Hizo caso omiso del dolor que sentía en todo su cuerpo y se concentró en no caer. Sus dedos seguían aferrándose a las lisas rocas. La oscuridad la iba alcanzando cada vez más deprisa a medida que se cerraba la puerta del Foso.

Entonces, gracias a todos los santos, encontró un apoyo. Se cogió a él con todas sus fuerzas. Los dedos le dolían por el esfuerzo. Solo quería un instante para orientarse, escalar y salir de allí.

Pero se había olvidado de que los guerreros y los wyrran la estaban rodeando. Demasiado tarde, vio por el rabillo del ojo a un guerrero que se dirigía hacia ella. Sus pies chocaron contra sus costillas y le provocaron un dolor agudo e insoportable.

Los dedos perdieron fuerza y se soltaron de su punto de agarre, a la vez que su mente le gritaba que no se dejara caer.

Y de pronto caía.

Con un ruido sordo, se golpeó contra un costado, lo cual la dejó aturdida y con la cabeza dándole vueltas. No se movía por miedo al dolor que sentiría. Los segundos se transformaron en horas mientras la multitud que había arriba gritaba y bramaba, llena de excitación. ¿Qué era lo que sabían ellos que ella no sabía?

Entonces lo oyó.

No estaba sola en la oscuridad.

Marcail dejó de un lado el dolor que sentía por todo su cuerpo y arqueó una ceja para intentar distinguir algo en la oscuridad. ¿Quién estaba allí? O mejor dicho, ¿qué? Podía sentirlos observándola. Y esperando.

Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando oyó el primer rugido. Se le revolvió el estómago y luego se le hizo un nudo en la garganta

cuando el pavor se apoderó de ella. Entonces supo qué la rodeaba. Eran guerreros.

Le dolía todo el cuerpo y estaba convencida de que tenía varias costillas rotas. Sin embargo, no era momento para pensar en ello, no cuando una muerte segura la esperaba.

El primer guerrero dio un paso hacia delante y salió de las sombras. Tenía una piel verde claro, del color de los primeros brotes de la primavera. Se puso en cuclillas delante de ella, con los labios estirados mostrando unos enormes colmillos. Su pelo sin brillo era de un tono indeterminado, lleno de suciedad, que también le cubría el rostro y lo ocultaba prácticamente, excepto unos centelleantes ojos verdes.

Iba a abalanzarse sobre ella y destriparla con sus afiladas garras verdes. Ella había gastado todo su valor con Deirdre. Ahora, lo único que le quedaba era el terror que se desplegaba sobre ella como un pesado manto y que no la dejaba ni moverse ni respirar.

*Levántate. Eres una druida. Actúa como tal.*

Pero no tenía armas, no tenía nada con lo que defenderse, aparte de su magia, que de poco le iba a servir contra aquellos seres. Quería encogerse en un ovillo y dejar que fluyeran las lágrimas.

*¿Qué pensarías tu abuela?*

Otro guerrero se unió al primero. Este tenía la piel gris brillante. Ladeó la cabeza y se pasó la lengua por los labios.

*Por favor, señor...*

Un guerrero de color blanco salió de las sombras y la observó con aquellos ojos blancos como la leche. No parecía tener demasiado interés en ella, como si le importara más lo que los otros guerreros estuvieran haciendo.

Se oyó un profundo y feroz rugido, cargado de muerte y amenaza, a su izquierda, que hizo que los otros guerreros miraran en aquella dirección. Un sudor frío impregnó el cuerpo de Marvail mientras el pánico se abatía sobre ella.

Todo sucedió muy deprisa. Los guerreros se quedaron escrutando un momento la oscuridad y, de pronto, el rugido atronó a su lado y empezó a crecer más y más hasta que a Marvail le dolieron los oídos.

Y entonces algo grande y negro emergió de las sombras y se abalanzó hacia ella.

Marvail ahogó un grito y se abrazó a sí misma, aguardando el dolor que sabía inminente. Solo que no hubo nada.

Algo la cogió por la cintura y la lanzó a las sombras, como si su peso no fuera mayor que el de la hoja de un árbol. El cuerpo ya herido de Marvail se sacudió de nuevo por el dolor que le causó estrellarse contra la pared de piedra. Se dio un golpe en la cabeza con algo duro.

Intentó centrar la mirada, pero todo lo que podía ver era una masa de cuerpos de colores desollándose vivos.

Y entonces la oscuridad se apoderó de ella.

Quinn esperó hasta que los otros guerreros se dieron cuenta de que estaba dispuesto a luchar eternamente si era necesario. Uno a uno se retiraron a sus cuevas. No regresó a las sombras hasta que se quedó solo. Le había costado días luchar contra todos los guerreros del Foso para proclamar su hegemonía sobre ellos cuando llegó.

Aun así, ellos seguían poniéndolo a prueba. Al fin y al cabo eran todos hombres de las Highlands.

Pese a todo, hubo unos cuantos que se unieron a él y le cubrían las espaldas. Sin embargo, no confiaba plenamente en nadie que estuviera en aquel infierno.

Quinn suspiró y se giró hacia donde había lanzado a la mujer. Había podido olerla antes de que Deirdre la hubiera arrojado al Foso. Olía a rayos de sol entre la lluvia. Había sabido lo que Deirdre deseaba de los guerreros tan pronto como la habían puesto frente a la puerta del Foso, pero él les advirtió que se mantuvieran lejos de la druida.

Tampoco le sorprendió ver que los otros guerreros se acercaban a ella. No es que los culpaba por ello. Aquella mujer era justo lo que cualquier hombre desearía después de haber estado tanto tiempo en la oscuridad, especialmente con las ansias, tanto físicas como psicológicas, a las que los guerreros tenían que enfrentarse constantemente.

Pero Quinn sabía que no podía ceder a las necesidades de Apodato, el dios de la venganza que estaba en su interior. Ahora no, no antes de que sus hermanos hubieran venido a por él.

Los dioses ascendieron de las profundidades del Infierno muchos siglos atrás para tomar posesión de los cuerpos de los guerreros celtas más fuertes y enfrentarse así a Roma y a su gran ejército.

Los druidas no se habían dado cuenta de lo que habían hecho al despertar a los dioses y tampoco es que tuvieran ninguna otra opción. Roma había estado destruyendo Britania poco a poco. Los celtas hicieron lo que tenían que hacer para asegurarse de que su tierra siguiera siendo suya.

Pero, una vez que derrotaron a los romanos, los druidas no fueron capaces de convencer a los dioses de que abandonaran a los hombres. Los celtas entonces se convirtieron en guerreros, hombres dotados con la inmortalidad y con poderes inimaginables. Por muy poderosos que fueran los druidas con su magia, no se podían comparar con los guerreros.

Los druidas, divididos en dos sectas, volcada una en el bien y otra en el mal, como último recurso unieron sus fuerzas para dormir a los dioses dentro de los hombres. Funcionó, pero nadie se hubiera imaginado jamás que los dioses pasarían de generación en generación como herencia de sangre con la esperanza de ser liberados de nuevo.

Y entonces sucedió. Empezando por Quinn y sus hermanos.

Quinn cerró los ojos con fuerza mientras pensaba en aquel fatídico día y en la muerte y la sangre que habían cubierto la tierra que él amaba. Su vida se había visto irremediamente alterada en un abrir y cerrar de ojos y no había nada que él pudiera hacer para cambiarlo, aparte de luchar contra el dios que llevaba en su interior. Y aferrarse al más mínimo resquicio de esperanza que existiera.

Con tal de conseguir que su dios no tomara el control, Quinn hizo lo que sabía que hubieran hecho sus hermanos, salvar a la mujer.

Dobló los dedos, juntando sus afiladas y mortíferas garras, e hizo una mueca de dolor a causa de las heridas que tenía en el costado y en la espalda. Cicatrizarían, pero no lo suficientemente rápido, no si más guerreros volvían a atacar. Y lo harían. Querían a la mujer.

Pero él también.

Se dirigió hacia su cueva, donde la había tirado, y se detuvo frente a ella. Había sentido su magia tan pronto como ella cayó en el Foso. ¿Pero qué pretendía Deirdre sepultando a una druida en el Foso con los guerreros? Y más importante todavía, ¿por qué no se movía la druida?

¿La había lanzado con tanta fuerza que la había dejado inconsciente? O peor aun, ¿la había matado? Quinn había intentado controlar su fuerza, pero a veces se olvidaba lo vigoroso que lo había hecho su dios.

Quinn se arrodilló al lado de la mujer y le puso un dedo bajo la nariz. Su respiración tibia y regular le acarició la piel negra y entonces él soltó un suspiro de alivio.

—¿Está herida?

Quinn levantó la mirada sobre su hombro y encontró observándolo a Arran, un guerrero blanco que reconoció el nombre de Quinn y se alió con él cuando lo recluyeron en el Foso.

—Todavía respira, pero me temo que la he quitado de en medio con demasiada brusquedad —respondió Quinn.

Arran se dirigió hacia él lentamente, examinando con la mirada las sombras para poder averiguar dónde se escondían y esperaban los otros guerreros. En el Foso, ningún guerrero podía permitirse el lujo de adoptar su forma humana, pues corría el riesgo de ser asesinado.

Quinn miró a la mujer. Había gritado cuando las piedras se movieron bajo sus pies, pero desde entonces no había emitido el más mínimo soni-

do. Ni siquiera cuando uno de los guerreros de Deirdre la había pateado, y, por la manera en que se había estremecido, sabía que eso tenía que haberle dolido.

—La caída ha sido brutal —dijo Arran—. Debe de haberse roto varios huesos en el descenso.

Quinn asintió con la cabeza. Estaba convencido de ello, pues él mismo se había fracturado un brazo y varias costillas cuando lo arrojaron al Foso. Si se había roto algo, esperaba poder descubrir dónde para intentar ayudarla, pero rezaba con todas sus fuerzas para que no se hubiera roto nada. Ella era mortal y no podía sanar sus heridas como ellos.

—¿Quieres que le eche un vistazo? —preguntó Arran.

Quinn prefería rehusar la oferta de Arran, pues no deseaba que nadie más tocara a aquella mujer. Él la había reclamado como suya en el momento en que la había salvado. Era su obligación cuidar de ella. Quinn sacudió la cabeza y se dio cuenta de que estaba actuando como Lucan cuando su hermano había llevado a Cara al castillo. Era ridículo que Quinn quisiera a la druida solo para él. Pero a pesar de ser consciente de ello, eso no hizo que su ansia por ella disminuyera.

Un ansia que había empezado justo en el instante en que había visto su valentía, su hermosura.

—Puedes ayudarme —cedió.

Juntos, los hombres la inspeccionaron y para alivio de Quinn no encontraron ningún hueso roto. Tenía un golpe de tamaño considerable en la parte de atrás de la cabeza y estaba convencido de que le dolerían las costillas durante una temporada. Aunque no las tuviera rotas, seguro que estaban magulladas e incluso eso sería doloroso y largo de curar.

—¿Qué vas a hacer con ella? —le preguntó Arran mientras se ponía en pie.

Quinn se encogió de hombros y se sentó sobre una gran roca que había al lado de la mujer.

—No lo sé.

—Es evidente que Deirdre la quiere muerta.

—Después del espectáculo que hemos ofrecido, estoy seguro de que creen que lo está.

Arran soltó una risotada.

—Deirdre te quiere a ti, por si te habías olvidado. Se ha mantenido alejada pero ¿cuánto tiempo más crees que pasará hasta que venga a buscarte? ¿Y si entonces encuentra a la mujer?

—No tengo respuestas, Arran. Solo sé que tenía que salvarla. Y seguiré protegiéndola durante el tiempo que pase en el Foso.

Arran levantó las manos frente a él, sus blancas garras brillando en la oscuridad y su largo cabello negro fundiéndose con las sombras.

—Tranquilo, Quinn. Sabes que tienes mi lealtad. Solo espero que sepas lo que estás haciendo. Una mujer aquí abajo, entre guerreros que no han visto ni oído una en años, puede resultar muy complicado.

Quinn se pasó la mano por el rostro. ¿Qué había hecho? Sí, el olor a mujer de la druida era imposible de disimular y sí, ella había hecho que afloraran en él sus instintos de protección. Pero Arran tenía razón. Los otros guerreros del Foso la querrían para ellos y no para descuartizarla. La querrían para satisfacer su lujuria sobre ella.

Y, que Dios lo ayudara, él no podía culparlos.

Su miembro había estado erecto desde el primer instante en que había olfateado su olor a rayos de sol entre la lluvia. A pesar del monstruo que él era y el malvado lugar en el que se encontraban, no podía evitar querer ayudarla.

—Ian y Duncan también te han mostrado su lealtad —dijo Arran—. Ellos nos ayudarán con esto.

—Sí.

Quinn observó a los dos guerreros que permanecían de pie a ambos lados de la entrada de la cueva que Quinn había hecho propia. Los gemelos. Al igual que Quinn y sus hermanos, ellos eran guerreros fuertes, pero cuando luchaban juntos, resultaban letales.

Ian y Duncan lo protegerían. Pero ¿cuánto tiempo duraría aquello antes de que la lujuria se apoderara también de ellos?

La mirada de Quinn se posó sobre la de un guerrero con la piel color cobre que había al otro extremo del Foso. Charon se mantenía alejado. No se había enfrentado ni se había aliado con Quinn, pero lo observaba con frecuencia. Ahora podía ver los ojos cobrizos de Charon fijos sobre la mujer, desbordados de depravación.

*Maldita sea.*

Quinn soltó un suspiro profundo. La vida era un infierno en el Foso y ahora había añadido más tormentos a su existencia. Se decía a sí mismo que había salvado a la mujer en un acto de pura humanidad, pero lo cierto era que lo había hecho porque una vez había sentido su olor, una vez la había visto, tenía que tenerla para sí.

¿Qué le pasaba? Se suponía que debería estar concentrándose en mantener a su dios bajo control mientras esperaba a que Lucan y Fallon lo rescatasen. Quinn no tenía ninguna duda de que sus hermanos vendrían a por él. Era lo que más deseaba y lo que más temía.

Si Deirdre capturaba a sus hermanos también, estarían condenados de un modo que ni siquiera podía llegar a imaginar.

Quinn se maldijo a sí mismo como había hecho cientos de veces desde que había despertado preso en la odiada montaña de Deirdre. Había salido huyendo de sus hermanos y del amor que ellos le ofrecían solo porque no podía soportar estar cerca de Lucan y su esposa Cara. El amor que ellos compartían le recordaba a Quinn todo lo que nunca había tenido y que nunca tendría.

Pero ahora, lo único que anhelaba era regresar a las ruinas de su castillo y a todos los recuerdos que encerraban las derruidas piedras.

—Podemos mantenerla escondida durante un tiempo.

Quinn hizo una mueca mientras las palabras de Arran penetraban en sus pensamientos.

—Puede. Aquí abajo hay al menos doce guerreros. A la mayoría no los vemos porque se mantienen alejados.

—Después de que dejaras claro ante todos que tú dominabas el Foso... —dijo Arran con un punto de humor en su voz.

Quinn apartó los ojos de Arran y resopló. Dominar el Foso le había costado una semana que había resultado ser espantosa, y no solo por las heridas de su cuerpo, sino porque había tenido que liberar a su dios para poder sobrevivir.

Solo él, Arran y los gemelos sabían que cuando Quinn estaba entre las sombras de su cueva volvía a transformarse en el hombre que era. Suponía un gran riesgo, que Quinn afrontaba cada vez que lo hacía, pero estaba ya tan cerca de ceder ante su dios y permitir que tomara el control, que no podía permitirse que eso llegara a suceder.

*No después de haber sobrevivido en esta montaña las últimas semanas.*

—¿Has podido oír algo de lo que ha dicho Deirdre? —le preguntó Quinn para apartar sus pensamientos de la desesperanza que se iba apoderando de su alma día a día.

Arran se puso en cuclillas a su lado.

—Estaba observando a los otros para ver qué hacían cuando cayó la mujer. Es una druida, ¿verdad? Puedo sentir su magia.

—Tienes razón, Arran. Es una druida. Pero entonces, ¿por qué no matarla como ha hecho Deirdre con todos los otros druidas? —preguntó Duncan.

Quinn levantó la mirada hacia la derecha y se encontró con el cuerpo azul claro de uno de los gemelos. Detrás de Duncan estaba Ian, que se acercaba para poder escuchar.

—Eso es lo que he estado pensando, Duncan. Deirdre acaba matando a todos los druidas que entran en esta montaña.

—Todavía hay unos pocos que siguen vivos —lo corrigió Arran—. Isla es una de las que Deirdre ha mantenido con vida.



—Sí. —Quinn se rascó el rostro barbudo, deseando poder afeitarse—. Eso hace. Pero ¿por qué procede así con esta?

Ian cruzó los brazos sobre el pecho y observó a la mujer, que yacía a sus pies, con una ceja arqueada.

—¿Qué tiene esta druida para que resulte tan especial?

Quinn les hizo un gesto a sus hombres para que se acercaran. No quería que sus palabras pudieran oírse más allá.

—Debe de haber una razón de peso para que Deirdre no haya matado ella misma a esta druida y utilizado su sangre para aumentar su poder. ¿Alguno de vosotros tiene la menor idea de lo que puede ser?

Los gemelos intercambiaron una mirada entre ellos antes de sacudir la cabeza.

—Nosotros apenas sabemos nada de los druidas, Quinn. Ya lo sabes —dijo Duncan.

Quinn miró a Arran y lo encontró con el ceño fruncido y la mirada perdida.

—¿Arran?

—Yo diría que la druida sabe algo, pero si así fuera, Deirdre simplemente la hubiera matado. No tiene ningún sentido. Tiene que existir una buena razón para que Deirdre no la haya matado para incrementar su magia.

—Tenemos que descubrir cuál es esa razón. —Quinn se puso en pie y se quedó observando sus manos, todavía con las garras negras visibles. Aquellas garras eran lo suficientemente largas y afiladas como para cortar un árbol en dos. No estaban hechas para tratar con la suave piel de una mujer.

Durante los trescientos años que Quinn se había dejado llevar por la rabia de haber perdido a su mujer y a su hijo en la masacre de su clan, había permitido que su dios adquiriese demasiado control sobre él. Ahora, odiaba ver la figura de su dios en la forma que fuera.

—Tendremos que esperar a que se despierte. Hasta entonces, seguiremos vigilando. No quiero que ninguno de los guerreros se acerque a ella —les ordenó Quinn.

Los tres guerreros asintieron con la cabeza y empezaron a moverse para ocupar sus puestos en la entrada de la cueva.

Quinn echó un vistazo al Foso. En el centro había un espacio bastante grande desde el que Deirdre lanzaba a sus víctimas y observaba cómo se desarrollaban las batallas. En las paredes de aquella zona estaban las cuevas donde los guerreros habían hecho sus casas.

O prisiones sin barrotes, como solía pensar Quinn que eran.

La suya era la más grande, pero la había conseguido cuando demostró su hegemonía en el Foso. No había tenido que matar a otros guerreros

para lograr la supremacía, y la cueva era lo suficientemente grande para que él y los otros tres guerreros pudieran ocuparla sin sentirse agolpados. A pesar de eso, Arran y los gemelos tenían sus propias cuevas a ambos lados de la de Quinn.

La cueva también tenía una losa en el fondo que Quinn utilizaba para acostarse, pese a que no pudiera dormir. El sueño lo había abandonado desde que lo llevaron a la montaña. De todos modos era lo mejor. En el momento en que cerraba los ojos podía ver o bien los rostros de sus hermanos o bien soñaba que su dios obtenía el control sobre él y se aliaba con Deirdre.

Quinn arrastraba una gran culpa por haber abandonado a sus hermanos y haberlos puesto en el aprieto de tener que liberarlo, de ahí que no quisiese ver sus rostros ni dejar brotar sus recuerdos.

Habían pasado casi trescientos años asegurando el castillo y enfrentándose a cualquier wyrran que se había atrevido a acercarse demasiado a su hogar. Hasta el castillo habían llegado más guerreros dispuestos a enfrentarse a Deirdre en la guerra que estaba por llegar.

¿Y qué había hecho él? Quinn lo había estropeado todo al salir huyendo.

¿Cómo podía haber obrado así con Lucan y Fallon? Después de todo lo que ellos habían hecho por él... Sus hermanos habían estado a su lado incontables veces para convencerlo de que controlara a su dios.

Había sido Lucan el que los había llevado de vuelta al castillo porque había pensado que aquello ayudaría a Quinn; Quinn no había querido ir, pero Lucan tenía razón. La vuelta al hogar había ayudado a Quinn a calmarse de un modo que no podía explicar.

Con un suspiro, Quinn cogió a la druida entre sus brazos y se puso en pie. No pesaba más que una pluma, pero el contacto de su suave cuerpo hizo que Quinn se diera cuenta del tiempo que había pasado sin una mujer.

Mantuvo aquel suave cuerpo y aquellas curvas entre sus brazos más tiempo del que era necesario antes de dejarla sobre la losa que él utilizaba como cama. Ansiaba acostarse a su lado y sentir su calor; deseaba tocar su piel. Anhelaba probar sus labios. Le apartó los enmarañados mechones del rostro y se sorprendió al descubrir unas pequeñas trenzas en el centro de su cabeza y en las sienes.

Quinn sonrió mientras sujetaba entre sus dedos una de las trenzas. Era descendiente de los celtas. La magia cabalgaba por sus venas para que todos pudieran sentirla. Era fuerte, muy fuerte.

Volvió a preguntarse por qué Deirdre no la había matado. Pese a que el Foso estaba mucho más abajo del lugar que Deirdre utilizaba como salón principal, Quinn había podido oír decir a Deirdre que la druida pensaba que los MacLeod podían salvarla.

¿No la había matado porque la druida sabía de su existencia y de la de sus hermanos? No, no creía que aquello pudiera detener a Deirdre. Tenía que haber algo más. Si había algo que Quinn sabía de Deirdre era que estaba dispuesta a cualquier cosa para asegurar su propia supervivencia. Deirdre pensaba sobre todo, ante todo y en primer lugar en ella misma.

Esa era una de las muchas razones por las que había durado tanto tiempo. Y además, porque utilizaba la magia negra que tenía. El odio hacia Deirdre recorrió el cuerpo de Quinn, haciendo que su dios se revoliera y deseara salir libre. Su dios prometía venganza y, por un instante, Quinn estuvo a punto de ceder.

Se concentró en luchar contra su dios y en recuperar el control de nuevo. Cada vez le resultaba más complicado. Quinn no sabía cuánto tiempo más tendría antes de que el dios tomara el control por completo.

Quinn se quedó quieto al oír el gemido de la mujer. Sufriría un gran dolor, pero no había nada que él pudiera hacer para evitarlo. Además en el Foso hacía frío. Estaban en un agujero abierto en las profundidades de la montaña y el agua no cesaba de brotar por las paredes, haciendo que además el Foso fuera un sitio húmedo.

Frotó sus manos contra los desnudos brazos de la mujer y se dio cuenta de lo fría que estaba su piel. Quinn pensó rápidamente qué harían Lucan y Fallon por la mujer. No tenía comida, mantas, nada con lo que ayudarla a soportar el dolor. ¿Había conseguido simplemente prolongar su muerte?

Quinn se recostó en la losa junto a sus piernas y empezó a pensar en Lucan y en la mujer que su hermano amaba. Cara era perfecta para su hermano en todos los sentidos. Se preguntaba si se habrían casado. Suponía que sí, aunque el simple hecho de pensar en la ceremonia sin él, le produjo tal dolor en el pecho que hizo que le costara respirar.

Entonces sus pensamientos se centraron en Fallon. Al ser el mayor, Fallon había sido educado desde su nacimiento para enfrentarse a los deberes de un jefe. Ninguno de ellos podría haberse imaginado que una bruja como Deirdre acabaría con su clan sin dejar el más mínimo rastro de lo que había sido.

Quinn había visto lo difícil que había sido para Fallon tratar con el dios que llevaba en su interior, pero Quinn fue incapaz de ayudar a su hermano, pues aún seguía lamentándose por la pérdida de su mujer y su hijo.

Como siempre, de los tres, Lucan había sido el que los había mantenido unidos. Quinn se odiaba a sí mismo por los celos que sentía hacia su hermano. Lucan había soportado tanto los arranques de ira de Quinn como los sopores etílicos de Fallon. Se merecía encontrar la felicidad.

En lugar de compartir la alegría con Lucan, Quinn se había sentido herido. Quinn envidiaba a Lucan porque Lucan tenía lo que Quinn siempre había buscado: el amor. El amor más puro y verdadero.

Pero Quinn nunca conocería ese tipo de afecto, de eso estaba convencido.

Volvió los ojos hacia la mujer que había a su lado. Era menuda y tan delgada que a simple vista parecía una niña. Hasta que uno se fijaba en su pecho y observaba las curvas de sus senos, turgentes y descarados.

Su vestido era de una tela sencilla, pero las cintas doradas que le sujetaban las trenzas le decían que ella era mucho más de lo que aparentaba. Como todos los druidas.

Incapaz de contenerse, se inclinó hacia ella y volvió a inhalar su aroma. Oía tan bien que casi se imaginó que se hallaba en el castillo, de pie en los acantilados, con la brisa del mar jugueteando con sus cabellos y las gotas de agua del mar humedeciendo su piel.

Quinn volvió la mirada hacia su rostro. Sus largas y oscuras pestañas descansaban sobre sus mejillas, y unas negras cejas enmarcaban sus ojos en un arco perfecto. Tenía curiosidad por saber de qué color serían sus ojos, por descubrir si eran tan exóticos como el resto.

Tenía los pómulos marcados, una nariz pequeña y respingona y una boca que pedía ser besada. Se le tensaron los testículos mientras el deseo hacía que su respiración fuera cada vez más entrecortada. Le puso un dedo sobre los labios antes de poder darse cuenta de lo que estaba haciendo. Eran unos labios tan suaves, tan seductores que estuvo a punto de inclinarse para probarlos.

Para saborearlos. Para disfrutarlos. Para hacerlos suyos.

*¡Contrólate!*

Quinn cerró la mano en un puño y se levantó de la losa mientras la sangre le corría velozmente por las venas y se centraba en su miembro. Pero no podía apartar la mirada de ella. El tranquilo subir y bajar de su pecho tenía capturada su mirada. Quería arrancarle el vestido y ver su cuerpo desnudo en todo su esplendor.

Quería deslizar su mirada sobre su cremosa piel y sus exuberantes curvas. Quería acariciarla. Quería cogerla. Quería abrazarla.

—¡Por todos los santos! —murmuró mientras una oleada de lujuria invadía su cuerpo.

No es que se hubiera mantenido célibe como Fallon y Lucan. No. Quinn se había abandonado a la urgencia de su cuerpo cuando ya no había podido soportarlo más. Sus hermanos nunca supieron que él había abandonado el castillo. Con alguna parte de su dios siempre a la vista, Quinn salía del castillo por las noches, escondiéndose en las sombras y la oscuridad.

Pero nunca había deseado a una mujer como quería tocar, saborear... o sentir a la druida que yacía a su lado.

La mujer soltó un largo y débil gemido que hizo que la mirada de Quinn saltara de nuevo a su rostro y tuviera que gemir él también. Por el rabillo del ojo pudo advertir que Arran y los gemelos también la observaban.

Ella levantó una mano temblorosa y se tocó la frente. Se le aceleró la respiración cuando el dolor cruzó su mente.

—No te muevas —le susurró como advertencia ante el dolor que estaba a punto de llegar.



—Tienes un golpe muy feo en la parte de atrás de la cabeza y quizás unas cuantas costillas rotas.

Marcaïl se relajó al oír el sonido de aquella profunda y rica voz que llegaba hasta ella como la niebla baja de las montañas. Un escalofrío, que no tenía nada que ver con las bajas temperaturas que la rodeaban, le recorrió el cuerpo.

Por un breve instante se olvidó del martilleo de su cabeza y de lo mucho que le dolía respirar. Lo único en lo que podía pensar era en a quién pertenecería aquella voz tan sensual e imponente.

¿Y se atrevería a descubrirlo?

Con cada golpe de martillo que sentía en la cabeza, fue recordando todo lo que había sucedido en la última semana, empezando por su huída por los bosques y su preocupación por Dunmore y los wyrran. Luego la trajeron ante Deirdre y la lanzaron al Foso.

Recordaba que una serie de guerreros la habían rodeado antes de que algo gigantesco y negro saltara sobre ella. Inhaló profundamente y de inmediato se arrepintió de haberlo hecho al notar el dolor que estallaba en su pecho.

—Tranquila.

De nuevo la misma voz seductora y suave que la envolvía. Su tono hizo que se sintiera segura y protegida. Era mentira, pero en su condición actual no podía evitar sentirse así.

Marcaïl se humedeció los labios, luego los arrugó en un gesto de sufrimiento, pues notó que aquel simple movimiento hacía que el dolor eclosionara nuevamente en su cabeza. Se quedó quieta un momento, pensando en que oía algo parecido a un canto. Cuanto más se concentraba para escucharlo, más rápido desaparecía hasta convertirse en nada.

Esperaba que en cualquier momento le estallara la cabeza a causa del dolor. Al ver que no sucedía nada, entreabrió un ojo para intentar discernir lo que la rodeaba en la oscuridad. Odiaba la oscuridad por lo que repre-

sentaba, el mal. Con un suspiro, cerró los ojos y se concentró en intentar aliviar el dolor de su cuerpo.

Se puso la mano en la frente y notó que otra gran y cálida mano cubría la suya.

—No tengo nada que pueda ayudarte a aliviar el dolor.

¿Había preocupación en su voz? Tragó saliva en un intento de humedecerse la boca seca.

—Me recuperaré.

—¿Eres una sanadora?

Ella intentó negar con la cabeza, pero aquella mano la mantuvo quieta. En lugar de eso, dijo:

—No. Me enseñaron a acelerar la curación de mi cuerpo.

Marcaïl no estaba segura de por qué le había dicho aquello a un extraño. No debería confiar en él, aunque la hubiera salvado. ¿O es que no la había salvado? ¿Era aquello solo otra artimaña de Deirdre?

—Entonces necesitas curarte —dijo bajando más todavía su voz ronca—. Al salvarte te he expuesto a un gran peligro. Yo te protegeré, pero con tus heridas, todo será más complicado.

Nunca le había gustado que nadie cuidara de ella, pero había algo en su voz, un rastro de desesperación y dolor, que hizo que se reconociera a sí misma e hizo brotar en su interior emociones ocultas. Tenía que saber su nombre.

—¿Quién eres?

—Mi nombre no importa. Descansa y cúrate las heridas, druida.

El dolor en su cuerpo empezó a apoderarse de ella, pero luchó por mantenerse despierta y así poder descubrir más sobre el hombre misterioso que había a su lado.

—Marcaïl. Me llamo Marcaïl.

—Tienes mi palabra de que te protegeré. Ahora duerme.

Ella casi podía jurar haberlo oído susurrar su nombre mientras se abandonaba al sueño.

Quinn apartó la mano de la frente de Marcaïl una vez estuvo seguro de que ella se había dormido. Cogió la pequeña mano de la mujer y la colocó sobre su vientre. Incapaz de contenerse, recorrió con los dedos el dorso de aquella mano, sintiendo su piel suave y fina. No fue hasta que sus garras la tocaron cuando empezó a preocuparse por si ella descubriría lo que era él en realidad.

Al fin y al cabo, habían sido guerreros los que la habían lanzado al Foso. Ella ahora confiaba en él, pero ¿cuánto duraría esa confianza cuando se

diera cuenta de que estaba rodeada de más guerreros, la mayoría de los cuales ansiaban su cuerpo?

Se dijo a sí mismo que tenía que alejarse de ella y dejarla dormir, pero no consiguió levantarse de su lado. No podía luchar contra la necesidad de permanecer a su lado. Y de todos modos, parecía inofensiva. Pero cuando el deseo de tocarla se apoderó de él, cerró las manos en un puño con tanta fuerza que hizo que todo su cuerpo se sacudiera con aquella urgente necesidad de volver a posar sus manos sobre ella. ¿Era así como se sentía Lucan cuando tenía a Cara entre sus brazos?

Quinn supo en aquel preciso momento que había cometido un gran error. Había algo en aquella mujer que le provocaba una profunda y primitiva reacción en todo su cuerpo.

Maldiciendo, Quinn se puso en pie y se dirigió a la entrada de la cueva. Marvail era demasiado tentadora, demasiado dulce para dejarla sola con los que eran como él. Manteniéndola a su lado, él solo conseguiría acabar con ella, como había hecho con todo lo demás en su vida.

—¿Se ha despertado? —preguntó Arran.

Quinn apenas si contestó.

—Casi. Siente un intenso dolor, pero me ha dicho que sabe cómo curarse.

—No me sorprende. Cada druida posee unos poderes mágicos especiales. Es una suerte para esa mujer que pueda curarse a sí misma.

Quinn soltó un gruñido. No quería seguir hablando con Arran, pues su cuerpo anhelaba vehementemente a aquella mujer.

—¿Algún indicio de problemas?

Arran cruzó los brazos sobre el pecho e hizo un gesto con la cabeza hacia la derecha.

—Ellos pueden olerla. Por favor, Quinn, todos podemos olerla. Es como un banquete para hombres hambrientos, en todos los sentidos. Vamos a tener mucho trabajo.

—Yo mismo cuidaré de ella.

Quinn sabía que su voz se acercaba más a un gemido que a cualquier otra cosa y el modo en que Arran frunció el ceño, le demostró a Quinn que el guerrero había captado el tono desafiante en aquellas palabras.

—¿Crees que iba a enfrentarme a ti por ella? —preguntó Arran con la voz cargada de incredulidad—. Te he dado mi palabra de que estaré a tu lado. ¿Acaso dudas de mí?

—Lo que me preocupa es la necesidad que nos corroe a todos, yo incluido.

Arran suspiró y se pasó una mano por el rostro.

—Ninguno de nosotros merece estar aquí, especialmente la druida, porque no tiene ninguna posibilidad si se enfrenta a nosotros en una lucha. ¿Ha dicho alguna otra cosa?



—Me dijo su nombre. Se llama Marcail.

—Marcail —repitió Arran—. Un nombre poco habitual. No llegó a decirte por qué Deirdre no la mató, ¿verdad?

Quinn sacudió la cabeza.

—Todavía no.

—Esperemos que se despierte pronto para poder averiguar más cosas sobre ella. —Arran se dio la vuelta y miró a Marcail por encima del hombro.

Quinn observó a Arran, preguntándose cuándo llegaría el momento en que tendría que enfrentarse a uno de los pocos hombres en los que había depositado su confianza.

—Me recuerda a mi hermana —dijo Arran después de una larga pausa.

—¿Tenías una hermana?

Arran asintió con la cabeza y apartó la vista de Marcail con el ceño fruncido.

—Dos, en realidad. Una más mayor que yo y una menor. Marcail me recuerda a mi hermana pequeña. Era menuda y siempre se metía en líos. Solía llamarla «mi pequeño duendecillo».

—¿Qué le sucedió? —La frase salió de la boca de Quinn antes de que pudiera evitarlo.

—Murió —murmuró Arran, ausente.

Quinn no siguió interrogándolo. No había ningún guerrero que no hubiera sufrido terriblemente cuando Deirdre lo encontró. Lo sabía por propia experiencia.

Con Arran perdido en sus recuerdos del pasado, Quinn se dirigió hacia los gemelos. Ambos eran altos y con una fuerte musculatura. Tenían la misma pose: los pies ligeramente separados y los brazos cruzados sobre el pecho mientras observaban a los otros guerreros, esperando, por si alguno hacía algún movimiento extraño hacia Quinn.

Duncan e Ian eran tan parecidos que llevaban el pelo de diferente forma para que la gente pudiera distinguirlos. Ambos tenían el cabello castaño claro, con mechas doradas, pero Ian llevaba el pelo corto, mientras que Duncan prefería dejarlo crecer hasta los hombros.

Ian se dio la vuelta para mirarlo.

—La druida se ha despertado.

No se trataba de una pregunta. Quinn asintió con la cabeza.

—Está curándose sus propias heridas. Tengo pensado seguir interrogándola en cuanto vuelva a estar consciente.

—¿Sabe dónde está? —preguntó Duncan.

Quinn se encogió de hombros.

—Si encontráis comida, decídmelo. Marcail tendrá hambre.

Solo se les daba comida una vez al día y solo pan. Pero con eso resultaba suficiente. Quinn tenía pensado darle casi toda, o incluso toda su comida si ella la necesitaba.

—Lo tendré en cuenta —dijo Ian y se marchó.

Duncan se rascó la barba y se quedó mirando a su hermano gemelo.

—¿Cuánto tiempo crees que tardará Deirdre en darse cuenta de que la druida no está muerta?

—No el suficiente —admitió Quinn—. No el suficiente.